Revista de Estudios Taurinos
N.º 21, Sevilla, 2006, págs. 123-134

APROXIMACIÓN A LA ICONOGRAFÍA DE FRANCISCO MONTES PAQUIR0

Alfonso Carlos Saiz Valdivielso*

José Piquer y Duart, escultor valenciano (1806-1871), cincela en mármol blanco, de finísima textura, el busto de *Paquiro*, en 1852, justo al año de su muerte. Ha realizado la talla, a partir de la mascarilla mortuoria del diestro gaditano[1]. Mármol como el empleado en la estatua de Isabel II, con destino al Congreso de los Diputados, el mismo mármol que efigiará a Rossini para el Teatro Real.

Paquiro no tiene mirada, como tampoco la tenían aquellas estatuas que inquietaban a Julio César. Sin embargo, hay una rotunda expresión que informa esa boca semicerrada y firme, limitada por unos labios firmes y finos bajo el canal fruncido que desciende de una nariz bien perfilada. La barbilla es poderosa y el cuello musculado. Piquer ha subrayado el aura aristocrática de un hombre que forjó su indiscutible liderazgo frente al toro.

Duerme *Paquiro* el sueño de una gloria ejercitada a lo largo de veinte años de tauromaquia activa. Se intuye toda una síntesis de serenidad y de grandeza; es, seguramente, la misma

---

* Académico Correspondiente de las Reales Academias de Bellas Artes de San Fernando y de Ciencias Morales y Políticas.

[1] José Piquer y Duart. Busto de Francisco Montes *Paquiro* (1852) Mármol. 47 x 30 x 20 cms. Museo *Paquiro* Chiclana (fig. n.º 32).

intuición que experimentó Rilke al poetizar el momento crucial de una estocada que sin haberla presenciado, sitúa el poeta en 1830[2]:

«Imperturbable, sin odio
reclinado en si mismo, sereno, sosegado,
hunde su estoque casi dulcemente
en la gran ola que rueda de nuevo,
impetuosa, a estrellarse en el vacío».

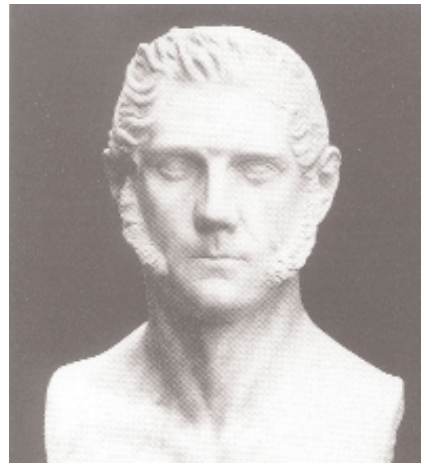

Fig. n.º 32.- *Busto de Francisco Montes Paquiro*, (1852) esculpido en mármol blanco por José Piquer y Duart. Apud Catálogo de Exposición *II Centenario Francisco Montes 'Paquiro'*. Ayuntamiento de Chiclana, Junta de Andalucía, Diputación de Cádiz, 2005, pág. 107.

Rostro de Montes, revelador de que el espíritu no muere, de que sólo mide su tiempo. La idea que parecía muerta en un tiempo, reaparece en otro...

[2] El poema de Rilke, titulado "Corrida. In memoriam Montes", 1830, fue escrito en París, el 3 de agosto de 1907. Pudo inspirarle un grabado de Pharamond Blanchard titulado *Corrida de toros* (fig. n.º 33).

En el de Ángel Lizcano (1846-1929), por ejemplo, que pinta un retrato de Montes, en 1904, evocando una pasada grandeza[3].

El sólido trazado y la sobriedad cromática alegorizan el semblante de la jerarquía. Mirada en lejanía, la montera enmarcando una frente amplia, reveladora de inteligencia, patillas de

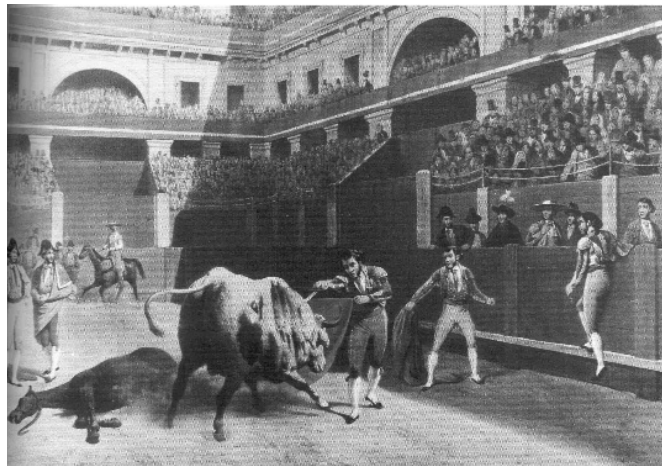

Fig. n.º 33.- *Corrida de toros*. Grabado de Pharamond Blanchard (1830) que tal vez pudo inspirar el célebre poema de Rilke dedicado a *Paquiro*. Museo Romántico, Madrid.

espuela asediando un rostro con majeza. Chaquetilla con solapa quebrada en cuello chimenea, bordada en oro apagado sobre seda grana. Camisa blanca con el cuello desbocado, y corbatín

[3] Retrato de Francisco Montes *Paquiro* (1904). Óleo s/lienzo, 62 x 37 cms. Colección particular. Madrid (fig. n.º 34).

azul noche. Es un *Paquiro* con algún destello plástico que recuerda la efigie lograda por Antonio Cavanna[4] .

En 1840 puede situarse la plenitud torera de Montes. Han transcurrido diez años desde que se inscribiera como alumno de Pedro Romero en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla y compareciera en algunos carteles como sobresaliente de espada[5], en un tiempo histórico en el que, tras el cuarto matrimonio de Fernando VII, se plantea el problema sucesorio porque ante la eventualidad de una descendencia femenina el rey felón ha promulgado una Pragmática Sanción reponiendo el acuerdo de las Cortes de 1789 derogatorio de la ley sálica, establecida por Felipe V.

Diez años que recorren un itinerario torero signado por convulsiones políticas, pronunciamientos como el de Mina (1830) y el de Torrijos (1831), regencia de María Cristina, sublevaciones carlistas con fuego de guerra civil y cimientos de una nueva sociedad que pretende apuntalarse en una modernidad engañosa con la desaparición del poder estamental y la elaboración de un régimen constitucional aceptable por la Corona, plasmado en el Estatuto Real promulgado en 1834.

Tiempo de esplendor para un Montes que pone *en suerte*, en 1836, su *Tauromaquia completa o sea el arte de torear en plaza, tanto a pie como a caballo*, redactada por su admirador y amigo, el distinguido periodista Santos López Pelegrín, que firmaba sus escritos con el seudónimo de *Abenarmar*.

---

[4] Este artista realizó un grabado espectacular de *Paquiro* que se nos antoja como una síntesis iconográfica de cuantos retratos se le pintaron.

[5] Así se desprende de un cartel de 1830, aportado por Pedro Romero de Solís como ilustración de su artículo "El toreo de *Paquiro* y *Pepe-Hillo*" publicado en *Clarín Taurino*, Bilbao 2005, pág. 25.

Con su *Tauromaquia,* Montes entroniza una "Constitución para el toreo", un año antes de que el progresismo dé con la fórmula de una Constitución progresista para España. Una vez más, y ya fuese por casualidad o por designio, la política y los toros corren en paralelo. La *Tauromaquia* de Montes y la

Fig. n.º 34.- *Retrato de Francisco Montes Paquiro*, pintado por Ángel Lizcano en 1904. Apud Claramunt, F. (1989): *Historia Ilustrada de la Tauromaquia,* Madrid, Espasa-Calpe, pág. 271.

Constitución de 1837 representaban un afán de poner en sintonía el toreo y la vida política con la modernidad.

La plenitud de Montes, en 1840, coincide con la llegada del general Espartero al poder, como Regente. El general es la

primera espada de España, titulo que se le asigna al torero en el grabado de Bayot[6], partiendo de un espléndido dibujo de José Domínguez Bécquer. El de Chiclana, en primer término y al centro. El brazo derecho *en jarras* sobre el muslo, y la capa replegada en el brazo izquierdo. Al fondo, la admiración de dos toreros, y un picador, de espaldas. La gallarda apostura de

Fig. n.º 35.- *Grabado de Bayot* con la leyenda *Paquiro primera espada de España,* a partir del dibujo realizado por José Domínguez Bécquer, hacia 1840. Boto (2005: 114).

Montes vale tanto como para identificarle con el mando de Espartero; tanto como para la asignación del sobrenombre de *Napoleón de los toreros*.

[6] El grabado, impreso en París por Lemercier, se difundió con la leyenda "Montes primera espada de España", hacia 1840 (fig. n.º 35).

Plenitud de Montes, informada, plásticamente, por el jienense José Elbo (1804-1844), en el retrato que nos acerca a un rostro agraciado bajo historiada montera, levemente ladeada[7]. Preciosa chaquetilla, ricamente recamada, de fulgores argénteos, reveladora de una clara innovación en el atuendo, y poca seda, entonada en verde musgo. Chaleco en rosa palo, con ligera bor-

Fig. n.º 36.- *Retratos del torero Montes y su mujer,* pintados en 1840 por José Elbo. Colección Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

dadura en oro y fajín a juego. El retrato permite percibir el nacimiento de la taleguilla, muy generosa de seda. Sobre el brazo izquierdo, el grana de una capa arrebujada, en línea con lo

[7] Retratos del torero Montes y su mujer, (1840). Óleo s/lienzo 23 x 32 cms. Colección Real Maestranza de Caballería de Sevilla (fig. n.º 36).

expresado por Domínguez Bécquer, y directamente emparentado con la retórica grandilocuente de Cavanna[8].

Aunque quienes le vieron y convivieron con él vienen a coincidir en que el declive de Montes se inicia en 1845 -justamente cuando el sistema político español se repliega en retroceso con la Constitución de aquel mismo año-, el sanluqueño

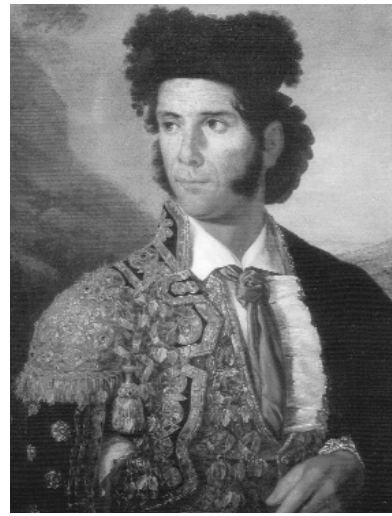

Fig. n.º 37.- *Retrato de Francisco Montes Paquiro*, con la serranía de Ronda al fondo, pintado, hacia 1840, por Antonio Cavanna. Museo *Paquiro* Chiclana.

Ángel Cortellini (1820-1874) aporta una visión negativa del torero, en 1843, al pintarlo en un ambiente sombrío, indicativo de una incontestable decadencia. El diestro da a entender, con el ademán de su mano derecha, *que ya basta* ante la invitación de

[8] Retrato de Francisco Montes *Paquiro* con la serranía de Ronda al fondo. Museo *Paquiro*, Chiclana de la Frontera (Cádiz) (figs. n.os 37 y 38).

una mujer que sujeta por el gañote una botella de vino, mientras otra, a su espalda, contempla la escena y un *chispero* encorvado y siniestro observa el trance, a la derecha del cuadro[9].

Los quebrantos de su salud, derivados de una actividad incesante en los ruedos, de las cornadas, de intimas amarguras ahogadas en aguardiente, ya resultaban indisimulables en aquella época.

Fig. n.º 38.- *Grabado de Paquiro*, a partir del retrato anterior de Antonio Cavanna. Museo de Chiclana.

Poco antes de la última actuación de Montes en Madrid, el 21 de julio de 1850, Manuel Castellano (1828-1880) toma apuntes del natural y consigna claves de color para su monumental lienzo *El patio de la cuadra de caballos antes de una*

[9] Retrato de *Paquiro*, óleo s/lienzo 43 x 40 cms. Colección particular. Madrid (fig. n.º 39).

corrida de toros[10], de grandes dimensiones y detallado tratamiento iconográfico de las 48 figuras de toda índole que lo componen. Una de ellas es *Paquiro*, que comparte protagonismo con los espadas Ángel López *El Regatero*, José Redondo *El Chiclanero*, Cayetano Sanz, Curro *Cúchares* y los picadores Juan Álvarez *Chola*, Pepe Trigo y *El Naranjero*.

Fig. n.º 39.- *Retrato de Paquiro,* pintado en 1843 por Ángel Cortellini, catalogado alguna vez con el título *La despedida de torero.* Apud Boto, G. (2005): *Paquiro ante la Historia,* Delegación de Cultura y Ayuntamiento de Chiclana, pág. 362.

[10] Este óleo s/lienzo, de 166 x 245 cms., pintado en 1852, figura catalogado, también, con el título *Patio de caballos de la antigua plaza de toros de Madrid* (así figura en la Exposición "Toros y Toreros en la pintura española" que el Banco de Bilbao presentó en Madrid y Sevilla en 1984). Adquirido por el Estado fue a engrosar los fondos del Casón del Buen Retiro. Museo del Prado (fig. n.º 40).

La interrelación entre iconografía y tauromaquia en *Paquiro*, de la que ofrecemos esta breve reseña, viene a revelar el modo con que el arte significó la egregia figura de Montes, excepción hecha de Cortellini.

Los artistas románticos que lo retrataron quisieron dejar constancia de una personalidad señera que representa como nin-

Fig. n.º 40.- *El patio de la cuadra de caballos antes de una corrida de toros*, pintado en 1852 por Manuel Castellano. En el centro del cuadro aparece, en su montura, el picador Pepe Trigo que conversa con *El Regatero*. El torero que aparece inmediatamente detrás es *Paquiro* al lado de tres caballeros enchisterados. Otros personajes identificados son los espadas, José Redondo *El Chiclanero,* Cayetano Sanz y Curro *Cúchares* y los picadores Juan Álvarez *Chola*, *El Naranjero.* Museo del Prado.

guna el toreo del Romanticismo español, inmerso de por sí en una época que acuña términos como liberal, patriota, guerrilla, que no es ajena a ese gran movimiento pendular que palpita en Europa: aceleración del proceso histórico (revolución-postrevolución) y retorno a un pasado que pretende ser un presente perpetuo.

Si *Paquiro* se hizo acreedor de la gloria que la sociedad y las plazas de toros le dispensaron fue porque vieron en él a una figura con afán de diferenciarse de los otros, en el ruedo y en la vida.

Se rendía tributo a la elegancia y a la destreza; al primer torero de la historia que, sin renunciar a la lidia como acontecimiento, hizo de la tauromaquia un espectáculo; al diestro capaz de obrar el milagro narrado por Merimée: "Los toreros de un valor dudoso se convierten en héroes cuando Montes los guía".